

EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los tome y el que no los deje), acertijos, charadas, logógrafos y lo que verá el curioso lector.

6 rs. por trimestre en provincias, remitidos en sellos ó libranzas á la Administración.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

ADVERTENCIA.
Los señores suscritores de provincias, cuyo abono termina en fin de Febrero actual, se servirán renovarlo oportunamente para recibir el periódico sin retraso.

¡LE FALTO UN BOTÓN!

Jimenez era un marido feliz, un marido que daría envidia á todos los maridos, si los maridos pudieran tener envidia mas que de sus mujeres.
Su mujer es hermosa, — lo que no tiene nada de particular, — amable con su marido, — esto ya tiene algo de particular, — y modesta, y hacendosa, y recatada, — y esto ya tiene mucho de particular.
Su mujer no le reñía, ni le celaba, ni le pedía perfollos y cintajos.
Jimenez brillaba por su camisa limpia, y su corbata bien puesta, y su sombrero muy brillante, y no le faltaba jamás un botón, y no le asomaba por los pantalones la cinta de los calzoncillos.
Dicho Jimenez, ¡qué bien hubieras hecho, en momento la víspera del día en que comienza esta verdadera historia!
Hubieras proporcionado al otro mundo el espectáculo sin ejemplo de un marido triste y afligido por haber dejado en este mundo á su mujer.
Un día Severiana, porque su mujer se llama Severiana, le dijo:
— Juanito, hace muy bien día; ¿por qué te estás metido en casa? Nete á dar un paseo.
Jimenez siguió maquinalmente el consejo de su mujer. Pero en la calle, como no tenía otra cosa que hacer, reflexionó que el consejo de su mujer era un poco extraño y un si es no es sospechoso.
— ¿Por qué me habrá enviado Severiana á paseo? se preguntaba con cierta inquietud muy natural.
Resultó, pues, que á pesar de la pureza del sol y lo agradable de la temperatura, Jimenez dió un paseo muy corto.
Cuando entró en su casa y en su gabinete, Severiana estaba escribiendo.
Al ver á su marido ocultó precipitadamente un papel por todo cuajado de letras, estrujándolo antes, como si fuera un papel inútil.
Esta circunstancia no escapó á la penetración de Jimenez.
— ¿Por qué habrá escondido ese papel? se preguntó el marido.
Severiana, afectó levantarse apresuradamente para recibir á Jimenez y quitarle los tapabocas y darle el gorro.
Jimenez notó que su esposa se habia puesto un poco colorada.
— ¿Por qué se habrá puesto colorada mi mujer? se preguntó inmediatamente.
Pero, convencido de que la verdad no puede hallarse en boca de una mujer culpable, Jimenez se guardó, se tragó sus preguntas, á riesgo de ahogarse con ellas, di-

simuló bajo un aire tranquilo y satisfecho su agitación interior, y se prometió emplear en el esclarecimiento de los hechos, ó del misterio, mejor dicho, todos los recursos de su inteligencia.
La casualidad le sirvió mejor que todas las estrategias que empleó en vano durante ocho días.
Jimenez se mudó un lunes de camisa.
Ya habia metido un brazo por una manga, cuando comenzó á temblar como un azogado, y los pelos se le pusieron tiesos como agujas, y se le puso colorado el rostro y todo el cuerpo, — como estaba desnudo pudo observar que todo el cuerpo se le ponía colorado como el rostro, cuya observacion recomendamos á los que creen que el rubor, ó la vergüenza, ó la ira, se manifiestan solo en el rostro, sin duda porque como uno suele estar vestido cuando se ruboriza, ó se irrita ó se avergüenza, no puede ver que el cuerpo se le pone del mismísimo color de la cara.
Aconsejamos á nuestros lectores que hagan la experiencia en sí mismos, cuando llegue la ocasion.
Pues, como decia, Jimenez se quedó espantado, y todo por qué? Porque en la camisa faltaba un botón.
Esta ausencia de un botón en la camisa, el primer botón que le faltaba desde que se casó, le pareció cruelmente significativa.
Se dirigió inmediatamente á la habitacion de su mujer, pero esta habia salido.
Aprovechando la ocasion, se puso á registrar el escritorio, el tocador, todos los muebles de la habitacion.
Una cuartilla de papel, escrita por su mujer, fué el resultado de sus pesquisas.
Decia así:
«Amor mio, cuando te escribo me parece que respiro un aire mas puro, que se exhalan perfumes suavísimos del papel que es confidente de mis pensamientos; que el zumbido de las moscas y moscones que revolotean en derredor mio encierran tesoros de armonía: pienso en tí, en fin, y todo me parece bello y bueno, y grande y maravilloso, como eres tú, amor mio. ¡Ay de mí! que cuando saigo de este éxtasis de ventura y bienestar, me encuentro con la cadena de la esclavitud al cuello, en poder de un hombre feroz!»
Jimenez cayó aterrado en el sofá, porque no habia ningún abismo por allí.
Después de un momento se levantó, con los ojos como dos acuos, con las manos crispadas, y á todo esto en camisa, y exclamó:
— ¡La mataré!
Y se puso á pasear por la habitacion, agitando violentamente la camisa, y llegaba al balcón y se paraba á mirar por los cristales, y luego se miraba al espejo, y parecia un infeliz privado de razon, porque lloraba y se reía convulsivamente, y se arrancaba los pelos, y no acababa de ponerse la camisa.
Al cabo de quince minutos de este feroz ejercicio, imagen fiel de su pensamiento, se detuvo para rectificar de este modo su exclamacion:
— ¡Mataré á los dos!
Ya solo faltaba sorprenderlos.
Haga gracia al lector de la enumeracion de blazos, emboscadas, estrategias, marchas y contramarchas, insomnios, sorpresas, pesadillas, etc., etc., que durante una semana trabajaron la existencia agitada del infortunado Jimenez.
Desorientado completamente y desesperando de sorprender á los culpables, una mañana modificó segunda vez su exclamacion en esta forma:

— ¡Mataré á Severiana, y luego me mataré yo!
No se toman friamente resoluciones de tal trascendencia.
Jimenez entró en un café, para refrescar con una botella de cerveza la sangre que le abrasaba las venas.
No siendo tan rápido como deseaba el efecto de la cerveza, se puso á leer el folletín de un periódico.
Este folletín tenia por título *Un amor fatal*.
El héroe de la novela escribia en estos términos á la heroína:
«Amor mio, no me hables del aire que respiras, del papel confidente de tus pensamientos, del zumbido de las moscas y moscones que revolotean en derredor tuyo, ni de tus deliciosos éxtasis; estoy celoso de todo, ¿lo entiendes? de todo, de ese hombre feroz, en cuyo poder estás...»
Jimenez sintió que toda su sangre se bajaba á las botas, y estuvo para desmayarse, y de ligo se desmaya si no temiera que se le creyese hombre apocado y pusilánime.
Era evidente que en aquel folletín estaba la respuesta á la carta que halló en la cuartilla de papel.
Aquellas frases exactamente semejantes, aquella amalgama de aire, papel, moscas, moscones, éxtasis y hombre feroz, no le dejaban duda; la casualidad no produce tales semejanzas.
Jimenez encontró un horrible misterio bajo la apariencia inofensiva de aquel folletín de periódico, soporífero y vulgar.
La mujer, el amor y el diablo, su eterno consejero, ¿no tienen en su arsenal una inagotable provision de increíbles malicias y estrategias siempre nuevas?
Jimenez dedujo de consecuencia en consecuencia que el amante á quien escribia su mujer era un novelista, y que este habia imaginado, de acuerdo con ella, un medio original y nuevo de contestar á sus cartas sin comprometerla.
Naturalmente, la idea de matar á los dos volvió á sustituir á la de matar á Severiana y matarse el luego.
Pero, ¿cómo encontrar á un folletínista que se firma con una X?
Jimenez se dirigió inmediatamente á las oficinas del periódico.
Entra en la redaccion.
— Señores, dice á los cuatro que allí habia, observando los rostros de los cuatro para ver el efecto de sus palabras, yo me llamo Jimenez.
Los redactores levantan la cabeza, contemplan un instante el rostro espantado de su interlocutor, y se rieñ.
— Señores, hay una infamia en el folletín del número de hoy, dice Jimenez con voz estentórea.
Segunda mirada y segunda risa de los redactores.
— Señores, suplica, exija á VV. que me digan el nombre del criminal que se esconde detrás de una simple X.
Los redactores le contemplan, riéndose por tercera vez.
— ¿Se burlan VV. de mí? pregunta Jimenez un poco avergüenzado.
Uno de ellos le contesta en estos términos:
— No, señor, no nos burlamos de V., y yo le aconsejo á V...
— Yo no necesito consejos; necesito el nombre del criminal.
— El criminal, como V. le llama, ha estado aquí hace

un momento, y le he aconsejado lealmente que se lo confíe a V. todo: ahora debe estar en casa de V.; vaya usted, pues, y si se lo confiesa a V., déle un abrazo.

—Sí, señor, para estrangularte. No, señor; en prueba de agradecimiento por el honor que naturalmente le resultará a V. cuando renuncie al misterio.

Jimenez, ahogándose de indignación, pregunta a su interlocutor:

—¿Es V. casado, caballero?

—Sí, señor.

—Pues, entonces, es vergonzoso el consejo que me da V.

Jimenez le volvió la espalda, se encasquetó el sombrero y salió.

Si no había podido averiguar el nombre del delincuente, sabía por lo menos que con un poco de ligereza le hallaría en su propia casa.

La sed de venganza le puso alas en los pies.

Entró derecho como una bala de cañón en el cuarto de Severiana.

¡No había nadie!

Registró los armarios, la chimenea, los cajones de la cómoda, hasta debajo de la cama.

¡No había nadie!

Allí estaba, sacudiendo los vestidos, mirando debajo de la alfombra, detrás de los espejos, cuando sintió el ruido de una puerta que se abría, y luego oyó pasos precipitados, y después movimiento de sillas, y al cabo de algunos instantes una voz, en la que reconoció a Severiana.

Severiana decía:

—«Estoy loca de alegría y amor. Hay en este mundo un corazón que late como el mío, un alma que siente lo que la mía, un ser, en fin, que se confunde con mi ser... Pero, ¿no será esta una de esas ilusiones que se desvanecen un día y no dejan al corazón de ellas desamparado mas recurso que la muerte?... Dime, Enrique, ¿me amas? ¿me amarás como yo a tí?... ¡Dáme tu mano! ¡Acércate a mí!...»

Un demonio exclamó Jimenez; dió un puntapié a la puerta y apareció en la habitación donde estaba Severiana.

Y se detuvo estupefacto, porque Severiana estaba sola.

Sentada delante de una mesa, escribía, borraba y se pasaba la mano por la frente.

—¿Estabas ahí? dijo la buena Severiana, volviendo la cabeza despues de un momento.

Jimenez, alelado, miraba los muebles, las cortinas, el balcón, el suelo.

—¿Qué buscas? le preguntó Severiana.

—Busco...

La voz de Jimenez tomó una entonación melodramática.

—Busco, señora, ese ser que se confunde con V.

Severiana soltó la carcajada.

Diez minutos despues todo estaba explicado.

Su mujer se había dedicado a escribir novelas, y aun no se había atrevido a lanzar su nombre al público, pero ya estaba decidida a publicarlo.

Jimenez, no se alegró con este descubrimiento; al contrario, se estremeció y tembló.

¡Por mujer propia una poetisa!...

Una poetisa que se despoja del anónimo! que escribirá una novela cada tres días, que llenará de versos los periódicos, que enviará a su marido a la redacción, y a la imprenta, y a la librería.

¡Pobre Jimenez! ¿Cuándo tendrá completos los botones!

—Señor, ¿cuándo tendrá completos los botones!

—Señor, ¿cuándo tendrá completos los botones!

LAS MAMÁS.

Las mamás son unas señoras de cierta edad, que como nunca la declaran puede llamarse incierta, viudas en general, feas en su mayor parte y madres por de contado, de una, dos, tres ó cuatro niñas de diez y seis años en adelante, que se hallan en estado de merecer y generalmente no tienen todo lo que merecen.

Los señoras a que me refiero, han dejado de ser madres para ser criadas fieles de sus hijas, apenas estas han colgado los pantaloncitos y se han vestido de largo

para ocupar un puesto en la esposicion del bello sexo, que surte de esposas a los hombres que quieren casarse, que no son muchos por desgracia.

Dejando para más adelante el estudio de las mamás de alto bordo, es decir, de las mamás que tienen medios sobrados de satisfacer los caprichos de sus hijas, y muchos mas caprichos de ellas mismas, procuraré describir lo mas exactamente posible las mamás de medio carácter, las mamás que se encuentra un cristiano en todas partes rodeadas de sus hijas, que como Paturot, van en busca de una posicion social, las mamás que no tienen otros medios de subsistencia que la pensión del Monte Pio, que deben a sus maridos, los que tuvieron la inadvertencia de morir antes de llegar a generales ó a ministros...

Estas mamás están condenadas a la vida mas azarosa y desventurada que el lector puede figurarse.—Y si creen VV. que exajero, oigan lo que dias pasados decia mi señora doña Serafina, madre de tres hijas como tres sósles, y viuda de un teniente coronel de caballería, que se murió cuando mas falta hacia, como le sucede a todo fiel cristiano en este pasadizo que se llama mundo.

Advierto al lector que doña Serafina habla con otra señora, vecina suya, que se llama doña Bernarda, y que es viuda tambien de un empleado en Palacio, y que tiene una hija, que aprende música en el Conservatorio, y todo el santo día está cantando estos *espirituales* versos de una zarzuela:

Es la cara de mi Curro

como lai noche y el día;

si está triste se le apaga,

si está alegre le echa chispas.

Doña Serafina ha salido a tender ropa a la ventanilla del patio, y doña Bernarda, que estaba poniendo una hojita de escarola al canario, ha creído muy puesto en el orden saludar a la vecina, por aquello de que no quita lo cortés a lo valiente, y hoy por tí y mañana por mí, y sobre todo porque en este mundo ¿quién sabe lo que puede suceder? y porqno, al fin, entre vecinas, cualquier día se podría ofrecer cualquier cosa, y por último, porque a ella la han enseñado sus padres a tener educación y a no negar a nadie la palabra de Dios.

Buenos días, doña Serafina, dice doña Bernarda.

—Muy buenos los tenga V., doña Bernarda, dice doña Serafina.

—Y las niñas?

—Tan buenas para servir a V. Durmiendo están todavía, porque como anoche estuvimos en las máscaras...

—¡Holá! ¿Fueron ustedes al baile?

—Sí, señora; traje los billetes un amigo de las niñas, que es primo del que corre con los bailes; y yo, la verdad, no tenía muchas ganas de baile, pero como estaban ya aquí los billetes, y las niñas estaban consentidas en ir, ya vé V. qué remedio había?... Pues nos pusimos por la cabeza las cortinillas, y allá nos fuimos solitas... Y mire V. estaba muy bien; pero a mí ya no me divierten esas cosas, porque ya vé V. las niñas, es natural, se fueron a bailar, y yo allí me quedé sentada en un sofá, hecha un pasmarote... De cuando en cuando venían ellas a decirme: «Aquí estamos, mamá;» pero es claro, en cuanto empezaban a tocar, cada una se iba por su lado.

—¿Y V. no bailó?

—¡Yo! Calle V., señora, si me daba no sé qué ver cómo se baila en el día... Vamos, es una cosa que debía prohibirse, porque yo no sé, pero las muchachas deben sudar el quilo... Uno vino a sacarme a bailar... ¡Vamos! lo que yo me pude reír! El empeñado en que yo vivía en la calle del Candil, y me llamaba Engracia, y yo siguiéndole la broma... Pues mire V., al fin lo creyó, y me quiso llevar al ambigü, y me compró un ramo que ahí lo tengo con agua en una jicara, y se empeñó en que le esperara debajo de la araña, cuando se concluyera el baile... Pero yo, ¿qué le había de esperar?... Ya tenía para su año el niño, según las cosas que me dijo... ¡Vamos, le digo a V. con verdad que en el día están los hombres bajo un pie, que le sacan a una mujer los colores a la cara con las cosas que dicen.—Y V., ¿cómo no llevé a su niña al baile?...

—Calle V., hija! si estoy lo mas aburrida... Estábamos en ir, y ya teníamos los billetes, que nos los dió la señora del principal... Como su marido está en un periódico, tiene billetes para todas partes... Pero luego, sobre no ir al baile, tuvimos un disgusto...

—¿Y por qué?

—¿Por qué había de ser?... Porque desde que ha entrado ese hombre en casa, parece que ha entrado el mismísimo demonio. El dice que en cuanto le coloquen se vá a casar; pero ¡ay, Jesús! como yo le digo a mi Concha, aunque me lo dieran engarzado en oro, no me casaba yo con un hombre así...

—Sí, tiene una cara de mal genio...

—Calle V., señora, si parece que se lo deben y no se lo pagan... Anoche vino a las siete, y en cuanto vió que estábamos cosiendo unas cintas de color de fuego en los vestidos, sospeché que eran para el baile, y puso una cara, señora, que a mí se me quitó la gaña de ir, y mi Concha tiró el vestido, y tizereteó las cintas, y se fué allá dentro con un hocico que daba miedo verla. Pues, ¿creerá V. que él estuvo sentado hasta las once y media, sin hablar una palabra?... El es buen hombre, sí, señora, muy formal y todo lo que V. quiera, pero tiene un

geniecito que parece criado en algun desvan... ¡Ay! para mí que soy tan clara, y que, como decia mi madre, que esté en gloria, tengo este don de gentes que me llevo de calles a todo el mundo...

—Lo mismo era mi marido; parecia un huron; siempre huyendo de la gente, y cuando hablaba parecia que apedreaba...

—Desde que él ha entrado en casa, señora, ni bailes, ni teatros, ni paseos, ni amigos... nada... Todo le incomoda; si queremos ir al teatro un domingo por la tarde, dice que parecemos lugareñas; si viene algun amigo a casa, en seguida le pone una cara, que el que viene una vez, ya no quiere volver mas; si algun dia vamos al baile, él no se despega de nosotras; y si algun amigo de mi marido nos vé y nos quiere obsequiar, al momento dice que se vá y que no vá a volver, y que somos unas locas, y que el pobre hombre, que con la mejor voluntad nos quiere convidar, será un tonto y un bruto y un ¿qué sé yo?... En fin, señora, deseando estoy que se casen y se vayan benditos de Dios...

—Vamos, y V. no tiene mas que una. Pues, ¿y yo, que tengo tres?... Las mias son por otro estilo... No quieren mas que ir majas y estar todo el día en la calle... Yo conozco que están en la edad de divertirse; pero amiga, yo no puedo, porque ya vé V. que en Madrid todo cuesta un sentido, y veinte duros que yo cobro ya se sabe hasta dónde llegan... Yo se lo digo, pero ellas, nada; es verdad que, como tenemos tantos conocimientos, y en Madrid la tratan a una segun como la ven, y si una deja de presentarse, en seguida empiezan las habladurias...

—Ya lo creo.

—Pues ya vé V., los lunes, ya se sabe, vamos a casa de las de Muñoz, que son lo mas reparonas y lo mas crítonas, y siempre están diciendo si los vestidos se llevan así, y si las mangas se llevan de esto ó de lo otro. No hay allí mas conversacion que de modas, y luego cuando venimos a casa, empiezan las peticiones, y la una quiere una cosa, y la otra, otra; y dicen que si no van como las de Muñoz no pueden volver allí; y ya vé V. como esa familia está en candelero y mañana u otro dia podemos necesitarla, no hay mas remedio que ir a la tienda y sacar lo preciso; aunque sea fiado, que esto es lo que me vale, que en la tienda me conocen ya, y saben que yo cumplo, y cuando puedo les doy uno, dos ó medio; pero si no, ¿cómo habíamos de poder hacer tantos gastos?...

—¿Y cuándo nos dá un día bueno alguna de esas señoritas?

—¡Ay! ¡señora! me parece que todavía tardarán, porque como ellas son pobres y no quieren casarse con pobres, y los ricos no se encuentran ahí detrás de la puerta... Y mire V., lo que es la mayor, ya ha podido casarse con un médico-cirujano que concluyó la carrera el año pasado, y ahora está en un pueblo, pero se empeñó en que si se casaba con un médico, este había de tener bombé, y aquel pobre muchacho, ya vé V., ¿qué bombé había de tener?... Y mire V., me parece que no ha de encontrar otro como aquel, que la quería mucho, y es un hombre muy arreglado y muy vividor, y que a mí me curó de unos dolores que me daban antes todos los inviernos, y en un momento con unas píldoras que había que tomarlas en ayunas y antes de vestirme, me los quitó de tal manera, que esté invierno, ya vé V. si hace frio, no me han dado todavía.

—Pues mire V., hizo mal en no casarse con ese joven, porque en el día...

—Sí, sí, dígame V. a mí cómo están los hombres? Ahí tiene V. la mediana de mis niñas; el año pasado en casa de las de Muñoz, empezó que si que no con uno de los que iban allí, teniente de caballería, muy guapo muchacho, eso sí, y muy fino, y todo lo que V. quiera... Pues él, ¡vaya! no se anduvo en chiquitas, a los ocho ó diez días, ya le dijo que quería casarse, y que no se casaría con otra sino con ella, y todas esas cosas que nos dicen los hombres, y todo el día no hacia otra cosa que pasear a caballo por la calle, vestido de uniforme y con el asistente detrás... y, es claro, como las mujeres somos tontas y en viendo una casaca de dos colores ya nos vá el santo al cielo, la niña se enamoró de él de tal manera, señora, que se estaba las horas muertas al balcón, y en veinte días se me quedó como un fideo... Y a todo esto paseos y mas paseos, y cartas y mas cartas, y a todas horas el asistente en el portal, y todo el mundo enterado de lo que ocurría... Pues ya verá V., una noche salíamos la niña y yo, que la sacaba de casa para que se distrajera, y en el portal estaba una mujer, que en cuanto nos vió, se puso hecha un basilisco, y nos empezó a insultar y a ponernos como un trapo... A mi niña le dió una congoja, que creí que se me quedaba entre las manos, y yo, ya puedo V. figurarse... Al fin, viendo que se reunía allí la gente, y que habían ido a llamar la tropa del Principal, el portero cerró la puerta, y nos subimos a casa, y la mujer detrás... Y ¿sabe usted que era?... Que el tal oficialito era casado y aquella su mujer... Conque vaya V. a fiarse de los hombres.

—Pero mire V., ¿qué picaró!...

—Pues el otro día tuvo la desvergüenza de venir a casa, y como somos mujeres solas, nos dió todo lo que se le vino a la boca.

—¿Qué lástima de presidio!...

—Y nos llamó señoritas pobres... Por ahí le suelo ver, luciendo el uniforme, y con una cinturita como

una dama... Si viera V., cada vez que le veo se me al-
tera toda la máquina!

(La conclusión en el número próximo.)

DEFINICIONES DEL AMOR.

ATICAJAHU

Magüer que de lueñes tiempos,
es rapazuelo polido
el amor, et bien nascido,
et tiene escudo por al.
Son altivos los sus gustos
et non de pobres juglares:
sangre finca en sus altares
non pechera, et si feudal.

Un descendiente de Ataulfo.

De condición lisa y llana
el amor, con su conquista
es el primer socialista
que ha habido en la raza humana.
Y cuando alarga su mano
sabe unir en dulce yugo
á la nieta de un verdugo
con el hijo de un tirano.

Un sectario de Proudhon.

Jugo que siente en sí mismo
brotar el hombre, el amor
toma la forma y color
que le presta el organismo.
Si hay bilis, la sensación
tiene carácter selvático,
si linfa, es amor apático,
perezofo y remolón.

Se enerva con la miseria,
se exalta con el metal,
y resorte material,
perrece con la materia.

Un materialista.

Es amor cándido,
un éter límpido
que vaga insólido
con el espíritu.
Parte del ánima,
como ella vívido,
rompe las cárceles
del cuerpo tímido,

EL TEATRO.

(Estudio de costumbres.)

Todo es mentira.

El drama *Todo es mentira*, que D. José había elegido como el mejor de los que por entonces había en cartera, se ensayó con toda la prolijidad y todo el esmero que requería su importancia. Los actores se hacían lenguas de la tal obra; hasta la dama joven graciosa se había resignado á representar el papel de la nodriza de la hija anónima de Felipe IV. Usted no habrá visto nunca un ensayo. Pues escuche V. Delante de la concha del apuntador se coloca una mesa cubierta con un tapete verde, sobre la cual se venden dos candeleros con luces, por supuesto, y el primer apunte, ó sea una de las copias de la obra que se intenta arrojar á la voracidad de ese lisonjeado, respetable y temido monstruo que se llama público. Ya comprende V. que aquella mesa y aquel manuscrito están destinados al apuntador. Las damas y galanes de la compañía van llegando uno por uno, y tomando asiento, si no quieren estar en pie, en las sillas colocadas en los huecos de los bastidores; entretienen en murmurar de la empresa, y encarecer los sinsabores y penalidades de la vida artística, conversación en que toman parte especialmente la característica, el barba y las madres de las damas jóvenes, en tanto que estas oyen los requiebros y alusiones más ó menos picantes que les prodigan algunos de los actores ó los aficionados y amigos de estos y del autor, que tienen el privilegio de penetrar en el santuario del arte.

y al templo célico
vuela magnífico.

Un espiritualista.

5.º

Amor, es hidra que abortó el infierno,
peste que al cementerio nos empuja,
de nuestras penas manantial eterno,
de nuestros sueños coruscante bruja,
nos mira, nos acecha, y con su cuerno
el pecho nos taladra, nos le estruja,
se goza en nuestro mal con risa ingrata
y entre básacas coléricas nos mata.

Un poeta romántico.

6.º

Amor, es pastorcillo
que tañe la zampoña,
viste de verdes pámpanos,
come leche y bellotas.
Mientras sus ovejuelas
triscan y se alborozan
de un saúco ó de una encina
recuéstase á la sombra:
y con acordes trinos,
y con melifluas notas,
canta dulces endechas
á Silvia, Clori y Flora.

Un poeta clásico.

7.º

Si se elige buen terreno
el amor es una mina,
con zafreos indicados
ó crestones á la vista.
Para no malgastar fondos
todo minero de chispa,
dejando las zonas vírgenes
busca las zonas antiguas.

Un minero.

8.º

Para todo hombre de seso
el amor, bien manejado,
puede hacerse diputado
y sentarse en el congreso.
Si después de este registro
sopla la fortuna grata,
votar puede una contrata
y aspirar á ser ministro.
Que en esta pobre nación,
amor constitucional
si surge, es ministerial,
si niega, es de oposición.

Un patriota.

Llegan por fin el director y el autor, y comienza el ensayo.

El director reza su papel de manera que no le oye ni el cuello de su camisa, y los demás le hacen coro, tropezando á cada cuatro versos, y dirigiendo de cuando en cuando alguna que otra reconvencción al apuntador, y prudentes preguntas al autor, á quien muy pocas veces satisface el ensayo.

—Señora, dice el director á la dama joven, para qué tiene usted los brazos... Mas alma, hija, mas alma! — ¡Venga usted acá! Estos versos se dicen así:

¡Si quien eres no mirara,
y si quien soy no supiera,
te juro que te escupiera
por despreciarte, en la cara!...

Aquí es preciso que acompañe la acción á la palabra. — Fija V. los ojos en el señor; levanta V. los brazos y cierra los puños, y da V. dos pasos adelante, como si efectivamente fuera á escupirle, para que él conteste:

Angel, demonio ó mujer,
si sigues hablando así
me obligarás, ¡pese á mí!
á que te mande prender!

Ahora es cuando V. estalla; ahora es cuando dice V. «¡Pues señor, se acabó; este hombre es un tuno, y yo...» perdida por mil, perdida por mil y quinientos, y le contesta V.:

¡Prenderme á mí!... Y aún blasona,
tu necio orgullo de hacer
uso con una mujer
de ese poder que te abona!...
Pues aunque el hado sañado...
—¿Cómo sigue? pregunta al apuntador.
me somete hoy á tu ley,
tu ley no es la ley del rey,
sino la ley del embudo!

—Aquí tiene V. la transición; al ver que el rey avanza con el cabello erizado y los ojos inyectados en sangre hacia V., cae usted de rodillas, diciendo con la voz más dulce que puede V. sacar:

9.º

El amor es luz brillante,
es la bienaventuranza
de los cielos;
es la incansante esperanza
con la cual templa el cesante
sus desvelos.

Tres hijas tengo muy bellas,
¡quiera darme cuanto pido!
San Ginés! el burlador
mándeme pronto á Cupido,
para que cargue con ellas,
con las tres.

10.º

Con su aljaba y con sus flechas
el amor capigorrón,
es en la recolección
langosta de mis cosechas.
Gasté veinte años de abanos
en hacer mi capital, y
ese muchacho infernal
dá al traste con mis caudales.

Pues, sin tener mis azotes,
con sus lisonjas prolijas
se vá llevando mis hijas
para chuparse las dotes.

11.º

De amor en las manos puso
el dios Marte su arma régia,
y comprende la estrategia
mejor que un soldado pruso.
Siempre que en lid se dispuso,
al desplegar su guerrilla
si por los flancos nos pilla,
sin gastar sus municiones
nos carga con sus dragones,
nos vence y nos acuchilla.

Un capitán de coraceros.

12.º

Idea mas que pasión
amor con su lijereza,
tiene el nido en la cabeza
y nunca en el corazón.
Hije de un camaleón,
vá recibiendo colores
en los cambiantes fulgores
del objeto en que se posa,
y, volublé mariposa,
chupa el jugo de las flores.

Una coqueta.

¡Perdon! ¡Perdon, gran señor!...
¡Sé que os agravia mi boca;
pero es, señor, que estoy loca,
loca, perdida de amor!...
¡Ay! Es que olvidar no puedo
aquel tiempo en que creía
que el dueño del alma mia
era don Juan de Toledo.

—Aquel tiempo ya pasó...
Dice ahora el señor; y V., viendo que comienza á con-
moverse, continúa:

—¿Y por qué pasó, Dios mio?...
¿Por qué mi libre albedrío
á tu voluntad cedí?...
¿Recuerdas cuando venías
á la choza de Teresa,
y allí en nuestra pobre mesa
migas calientes comías?...
¿Y con qué amoroso afán
siempre mi hermano Aquilino
te escanciaba el mejor vino
y te daba el mejor pan?...

—Todo esto con voz muy dulce para justificar la con-
testación del señor, que dice:

—¡Oh! calla, mujer fatal,
que á tu acento seductor
renacer siento el amor
en mi corazón leal.
No hay duda, ¡lo quiso Dios!
y aunque el decirlo es muy triste,
hoy por hoy, Teresa, existe
un abismo entre los dos!
Así, pues, Teresa amada,
cesa ya de porfiar,
que de mí no has de sacar
absolutamente nada!...

—Ahora entro yo; V., al oír las razones del rey, queda
como quien ve visiones; pero al verme entrar, se levanta V. y corre á mis brazos.

—¡Hija, todo lo escuché!...

En el nicho de unas cocas ó en los goznes de un corsé, esconde el amor su fé y sus ilusiones locas. En las niñas casaderas se enciende con bermellón, gasta faldas de almidón y almohadilla en las caderas. Es, enfín, su esencia toda lujo, afeites, vanidad, nervios, electricidad, melindres, capricho y moda.

Una niña elegante.

Ignoro de amor las tretas, pero yo sé que me guiso, y me lava la camisa y me zurce las calcetas. Y cuando vuelvo de arar, sobre una mesa de pino, me tiene pan, olla y vino, y buen fuego en el hogar. Y fueran menos prolijos los afanes que pasé si desde que me casé me pariera menos hijos.

CASCABELS.

Van á establecerse en las inmediaciones de esta córte hornos ó casas de incubacion, cada una de las cuales producirá seis mil pollos en veintin dias. Con tanto pollo, hasta en los asilos de beneficencia y en los regimientos no se vá á comer mas que pollo. Nos van á salir los pollos hasta por los ojos.

Se vá á publicar un periódico, titulado El Gobierno. Falta hace.

Pedimos otra vez, y lo pediremos siempre, que se mejore la suerte de los curas, médicos y maestros de los pueblos, que es vergüenza para el país que estas respetables clases, las mas útiles á la sociedad, tengan tan mezquinas dotaciones.

—¡Tilín, tilín! —¿Quién es? —El señor don José está en casa? —No, señor. —¿A qué hora volverá? —No sé decir á V.; hoy no me parece que come en casa.

—¿Quién se atreve á entrar aquí? —¡Señor, en mi casa os vi y tanto no os pregunté! —¡Padre, por Dios! —¡Soy el rey! —Mas me valiera ignorarlo! —Y ¡guay del pobre vasallo, que desconozca mi ley! —¡Ven, hijafu! Estoy convencido de que nada adelantamos... Ya veis, señor, que nos ramos lo mismo que hemos venido. Pero escucha, aunque te allija. Al llegar tu última hora, será sombra aterradora de tu conciencia mi hijo! Y yo desde mi rincón, aunque compasion me dé, ¡oh rey!... yo te enviaré mi tremenda maldición!

Y acaba el acto primero.

En los ensayos se calculan los efectos, y generalmente lo que mas efecto hace en el ensayo, es lo que mas desapercibido pasa en la representacion; se atajan las escenas, suprimiendo versos, y quitando con cada uno una ilusion al autor, que nunca lleva á bien estas mutilaciones; se enmiendan algunas frases inoportunas, como, por ejemplo, llamar flaca á la protagonista, cuando la actriz está de buen año, ó mala lengua al barba, que ni en broma quiere que se le dé semejante dictado; y por último, se determina el éxito de la obra, lo cual es en verdad no poco aventurado.

He advertido que generalmente las obras dramáticas que mas entusiasman á los actores en el ensayo, son las que menos entusiasman al público; así, como hay muchos ejemplos de haber merecido brillantísimo éxito otras obras, que los actores juzgaban rematadamente malas, y que durante años y años han dormido en el pupitre de algun primer actor eminencia.

Nadie puede asegurar, sin temor de equivocarse, cuál será el éxito de una obra dramática, á no ser que esta sea una de esas obras escritas sin sentido comun, y

—Y no sabe V. dónde podría encontrarle? —Si, señor; esta mañana salió para ir al camposanto. —¿Cómo? —Entre cuatro. —Pues, ¿qué se ha muerto? —El no nos ha dicho nada, pero el médico dijo que sí. —Pues, que V. lo pase bien. Digale V. que he estado aqui y dele V. memorias. —De su parte de V. serán dadas.

El matrimonio de conciencia, drama del señor Diaz, estrenado en el Circo, es bastante malo, dicho sea con perdón del autor.

La ejecución fué esmerada. La piecicita del señor Nogués, Al año de estar casado, es muy entretenida y merece un aplauso.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

CASCABEL, aunque no pides que confiese mi flaqueza, mira cuál es mi franqueza, muerta estoy por Benavides de los pies á la cabeza.

La señora de siempre.

En el teatro de la Zarzuela se preparan las obras siguientes: Margarita, Los Diamantes negros y Orfeo en los infiernos, todas en tres actos y todas traducidas.

En cuantos teatros se pone en escena el drama Venganza catalana, obtiene el mismo éxito que en Madrid. Felicitamos al autor por tan completo triunfo, bien merecido por cierto.

Varios suscritores nos piden que digamos qué es La llave de oro.

La llave de oro creemos que la usan los gentiles-hombres.

Nosotros hasta ahora no somos mas que hombres, y no gentiles, sino muy cristianos.

¡La llave de oro! Qué bonito título para un libro filosófico. Y para una novela. Y para un drama. Y para un libro de costumbres, de malas costumbres contemporáneas. Para lo que no sirve ese título es para un libro religioso. El oro no puede unirse nunca á la religion. La religion no tiene nada que ver con el oro. La religion es amor, fé, misericordia. Y el oro no es nunca ni amor, ni fé, ni misericordia.

como se dice vulgarmente, sin pies ni cabeza, como, por ejemplo, una que yo lei en mis dias de empresario, original de un cesante, cuyo argumento si lo tenia, estaba basado en hechos políticos contemporáneos, y cuyo pensamiento mortal era que:

no tiene buen corazon ni piadosos sentimientos quien deja á un hombre cesante para ir á otro su empleo, cuando aquel tiene diez años de servicios y de méritos, y dos hijas casaderas, mujer, y un niño de pecho.

Tambien he advertido que los poetas cómicos, los autores que cuidan mas que de la accion del poema, de acumular chistes y mas chistes en sus escenas, suelen llevarse solamente chascos; hay muchos chistes que no hacen gracia maldita al público, y otros que en los ensayos se han oido como si nada tuvieran de particular, que el público rechaza por obscenos y repugnantes. El terreno que recorre el poeta cómico es por extremo escabroso, y dificilmente habrá uno que no cuente entre sus triunfos alguna derrota producida por dos ó tres chistes de esos que parece que nada tienen de particular, y que el público entiende mejor que los actores y que el autor.

No hay nada mas lastimoso que pretender hacer gracia y no conseguirla.

Don José, mi primer actor y director, estaba entusiasmado con el drama Todo es mentira, y tanto me habló en pró de aquella obra, y del maravilloso genio de su autor, y tanto me encareció el gran resultado que íbamos á obtener y el sinnúmero de representaciones sucesivas, que seria preciso dar para satisfacer el deseo que el público tenia de admirar una obra de aquel afamadísimo autor, que hube de decidirme á gastar la mitad de los 2,000 duros que habia dicho era preciso emplear en el decorado; pero aunque no se gastó mas que la cantidad citada, el autor y el director se dieron muy buena maña para que los periódicos, que todo lo saben, salieran proclamando con bombo y platillos que en la mise en scene del tal dramita habia gastado la empresa, gran protectora de las letras y las artes, mas de 40,000 duros.

El oro algunas veces ayuda á la caridad, pero la caridad no está en el oro, sino en el corazon. Otro día hablaremos mas de la llave de oro, que es asunto en el que debe hablarse claro.

Con la llave de oro se puede entrar en todas partes en el mundo, pero la llave de oro no puede abrir las puertas del cielo, porque allí nada significa.

CHARADITA.

Primera es pueblo de Francia, y de España en Ultramar, segunda y prima te duele y fácilmente lo das; quien vá á las casas de juego tercera y primera ora; y tercera repetida, aunque miedito la tendras, te gustara si la comes; tercia y segunda hallará on las paredes cuálquiera, y en el papel además, y en muebles y en animales, y hasta en el Banco; y quizá en los trajes de señora y en otras mil partes mas; y prima y tercia es poca cosa; se puede á todo aplicar, al tiempo, al dinero, al gusto; y el todo en España está aborrecido de todos... que es causa de todo mal.

ANUNCIO.

ALMANAQUE

CÓMICO-PROFÉTICO

DE EL CASCABEL.

Este libro, que contiene composiciones bellisimas de Hartzenbusch, Rubi, Serra, Selgas, Larra, Frontaura, Camprodon, Navarro, Regoyós, etc., etc.; se vende á 2 reales en Madrid en las principales librerías y en la Administracion de EL CASCABEL, Jardines, 41.

Se regala á los que se suscriban por tres meses al CASCABEL.

Los suscritores de provincias deberán remitir un sello de cuatro cuartos por el porte del Almanaque, al remitir el importe de la suscripcion por tres meses.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable: D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Mlaucsa, calle de Juanelo, núm. 19.

Y tanto se repitió esta mentira, y tanto se dijo de la obra en cuestion antes de representarse, que el público concluyó por creer que todas las representadas en los teatros de la córte hasta entonces, eran miserables concepciones, indignas de las musas y del arte, en comparacion con la que se le anunciaba.

Yo me daba mil enhorabuena, y veia ya atestados todos los cajones de todos mis muebles de billetes de Banco y sendas peluconas.

Los actores creian que habia drama para todo un mes, y la primera dama lo elegia para su beneficio, y el primer actor gozaba prematuramente de las ovaciones que el público le preparaba, y se veia ya aclamado y coronado rey de la escena española.

El autor se creia llegado al pináculo de la gloria, y oia cantar el triunfo de su genio á todos los revisores y gaceteros de la villa; pensaba que la primera dama no podría ser insensible al amor que, con tantos éxitos que todas sus obras anteriores, le habia manifestado de diversos modos, y ensayaba el saludo que habia de hacer al público, cuando este le llamase al fin de cada acto, y en alguna que otra escena.

Con veinte dias de anticipacion se anunció la primera representacion del drama nuevo histórico en tres actos, en verso, original de uno de nuestros primeros escritores, titulado Todo es mentira, dirigido y ensayado por el primer actor y director de escena D. José N... y en el que tomaria parte el mismo primer actor y director de escena D. José N... y que seria exornado en decoraciones y trajes con todo el lujo que requiere una obra de tal importancia, dando así la empresa una prueba de su agradecimiento al público que la favorece, y de distincion al autor de tan importante obra.

Cuatro dias antes del estreno ya se habian vendido todos los billetes, la menor parte al público, y la mayor á los revendedores.

Llegó la noche del estreno. El primer acto pasó en silencio.

El final del segundo se aplaudió furiosamente, al mismo tiempo que la mayor parte del público protestaba contra aquellos aplausos.

El autor salió á la escena. (Se continuará.)

Polaco

OSTIALETTI